

Alégrate, Jerusalén, reuníos todos los que la amáis, regocijaos los que estuvisteis tristes para que exultéis; mamaréis a sus pechos y os saciaréis de sus consuelos.

Así comienza la antífona del domingo cuarto de Cuaresma, domingo “laetare”, porque se refiere precisamente a este grito de júbilo, de esperanza con el que el salmista expresa su alegría, alegría fundada en la confianza en Dios, en Jesucristo que es nuestra fuerza, nuestro consuelo. También viene muy a propósito en estos momentos que estamos viviendo en esta incertidumbre, en este aislamiento temporal, en esta lejanía de tantos seres queridos, en la ausencia de una vida más en libertad de movimientos, más movida, ¿verdad?

Pero, a pesar de todo, ese grito de esperanza nos alienta a confiar en que Jesús sacará de estos aparentes males grandes bienes para nosotros, nos hará crecer en tantos aspectos de nuestra vida: podremos cuidar con más cariño el trato con nuestros padres y hermanos, ser más colaboradoras en casa, saber aguantar alguna cosa molesta sin darle más importancia, tener paciencia, mirar con buen humor algún suceso que nos contraría...

Cuentan de San Josemaría que en una ocasión tuvo un enfado morrocotudo por una contrariedad, algo que no salió según tenía previsto (era aún un sacerdote joven), y entonces se le ocurrió la idea de hacerse una foto en una de aquellas máquinas automáticas que entonces existían (ahora se haría un “selfie”). Y, al verse la cara de malhumor que se le había puesto, se echó a reír y se le pasó el enfado. Y aconsejaba: para que enfadarte si luego te has de desenfadar. Es el punto de Camino número 8, que dice así: ***Serenidad. –¿Por qué has de enfadarte si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin?***

No merece la pena perder el buen humor. Y en estos momentos de manera especial hemos de dar alegría a nuestro alrededor. Que no nos vean tristes, que no nos “piquemos” por cualquier cosa, que sepamos perdonar, que nos esforcemos por ser amables. Un consejo del Papa viene muy a propósito: tener muy a mano en nuestro vocabulario las palabras gracias, perdón, por favor. Puede ser un buen propósito para esta semana.

Otra idea importante que nos ofrece el Señor en la lectura del Evangelio de hoy es la necesidad de acudir a Él para que sea luz en nuestro camino, para iluminar todos los momentos y circunstancias de nuestra vida: ahora de manera especial que nos haga ver como aprovechar estos momentos de parón forzoso para crecer en virtudes: en la caridad con los demás, ayudando a los que más lo necesiten y estando disponibles, generosas con todos los de nuestra familia, en el orden en nuestras cosas y en nuestro horario para aprovechar el tiempo... Y alguna cosilla más que el Señor te estará soplando en estos momentos.

Y todos estos buenos propósitos los ponemos en manos de nuestra Madre Santa María, se lo pedimos a Ella, para que nos ayude a ponerlos por obra: pensad como actuaría Ella en nuestra situación, como ayudaría a Jesús y a José, con que buen humor. Cómo, a pesar de las incomodidades estaría cuidando muy bien de su trabajo, de las tareas del hogar, sin quejarse, sin rechistar y siempre con una sonrisa, muy contenta.